

Pascua B215—Abril 12, 2015

Salmos 133

Hechos 4:32-35

I Juan 1:1-2:2

Juan 20:19-31

“semper occisus” – Siempre Inmolado!

En el segundo domingo de Pascua, el leccionario siempre asigna el texto del Jesús resucitado viniendo a los discípulos espantados y escondidos, y luego, mostrándoles sus manos heridas.

Este texto siempre me recuerda al relato de Barbara Brown Taylor del padre del amigo que sufrió un ataque cardíaco masivo. El padre ya había muerto cuando su amigo llegó al hospital. La primer oportunidad de ver al papá fue en la funeraria. Caminó hacia el ataúd y tomó las manos de su padre. Su padre había sido un mecánico que se enorgullecía en no ser un “mecánico debajo la sombra del árbol”—esos amateurs de patio que se cubrían con grasa y dejaban las refacciones tiradas. Él, desigual a ellos, era un mecánico de taller—que tenía una tienda limpia, y quien fregaba sus manos con un cepillo grueso cada noche antes de irse a casa.

Pero, por más cuidadoso que era, sus manos estaban manchadas, y era esto lo que el amigo de Barbara buscaba. Volteando las manos de su padre, el hijo vio rastros del aceite de motor en los dedos, callos oscuros de hacer reacondicionamiento de motores por tantos años. “Es él,” dijo. “Trataron de limpiarlo, pero no pudieron. Es mi papi.”

“Mira mis manos, toca las heridas,” dice Jesús. “Anda,” dice “sé que dudas, que no lo puedes creer, pero mira y ve donde me clavarón a la madera.”

Y, cuando lo hacen, ven todo lo que Él ha sido—ven las manos que partieron el pan y bendijeron a los niños, que pusieron lodo contra los ojos de un ciego, manos que bailaban cuando enseñaba, que tocaron al leproso, a la prostituta sin juzgar. “Mira,” dice Él—no mi cara o mis ojos—pero *“mis manos.”*

Pocos días antes, se escondieron para no oír el ruido de los martillos o ver lo terrible de todo ello. Pero ahora, viendo esas manos aun heridas, saben todo lo que ha soportado. Esas manos aun heridas dicen la verdad, son suficiente prueba de que ÉL es quien dice ser.

Pero habiendo dicho eso, no piensa que esto es medio curioso para el domingo después de la Pascua? Ósea el la muérete ha sido vencida, el Cristo crucificado ha resucitado triunfante—y aquí estamos enfocándonos en las heridas—recordándonos no de la Pascua, sino de Viernes Santo.

No se pregunta: si Dios pudo levantar a Jesús de los muertos, por qué no le quitó las heridas? Dios le dio aliento a los pulmones tiesos, calentó un corazón frío y lo hizo latir otra vez. Pero, las heridas siguen ahí—como si fuere inmolado para siempre. Por qué?

Pues, como dije, seguramente para comprobar que Él es quien dice ser. Pero, sospecho que si empiezo a preguntar el significado del Jesús resucitado herido, habrían docenas de preguntas.

- Algunos de ustedes dirían que esas heridas nos recuerdan que algunas cosas vienen solamente a costos grandes. Es cierto. Según Juan, Jesús viene y muestra sus heridas terribles, y luego dice, “Paz.” Esas manos heridas nos dejan saber a que precio se ganó la paz. La paz es una de esas cosas que sólo viene a precio alto.

Nosotros los estadounidenses sabemos que—la sangre derramada de nuestros padres y nuestros hijos e hijas es prueba de eso. Pero sugeriría que nuestra preferencia usual como nación, y aun en nuestras relaciones personales, es alcanzar paz con el mas mínimo precio posible. Tratamos de alcanzar la paz por medio de fuerza, poder, fuerza de voluntad, paz a la rendición de otros a nuestra voluntad.

Y aunque Jesús pudo haber hecho eso, no hizo nada de eso—alcanzó la paz cuando siempre debe ser ganada, a un precio alto en si mismo. Deseo que nosotros, como individuos y como nación, aprendamos eso.

- Otros dicen que esas heridas nos recuerdan que un Dios herido es precisamente el Dios que necesitamos—porque nosotros también estamos heridos. Una vez escuche a James Cone, el gran teólogo Afro Americano, en una lectura en Colgate University habla sobre como los Afro Americanos ven a Jesús como uno de los suyos, compartiendo sus heridas, su sufrimiento, su dolor.

Cone habló de como, entre 1880 y 1960, más de 4,700 afro americanos fueron linchados por blancos—de como, así como cantó Billie Holliday, con “ojos hinchados y boca retorcida,” colgaban como “fruta extraña” en el árbol de linchar con “sangre en las hojas y sangre en las raíces.”

El víctima Afro Americano, dijo Cone, experimentó el mismo destino como el Cristo crucificado. La cruz y el linchado eran espectáculos públicos, ambos reservados para los que estorbaban.

Por eso cuando los Afro Americanos cantan, “*Nadie conoce la aflicción que yo he visto; nadie sabe mas que Jesús,*” cantan de uno que conoce todo lo que han sufrido, quien sufre sus mismas heridas.

Ahora, aunque los días de linchar casi ya no existen, uno aun puede linchar una persona sin soga o árbol. Cuando a la gente se le trata como si no tuviesen dignidad o valor, cuando a la gente se le niega voz o trabajos, salarios justos, cuidado de la salud, vivienda, necesidades básicas de la vida, negados los mismos derechos que los demás disfrutan, están, en un sentido, siendo linchados.

Diariamente, en este mundo entero, humanos están siendo heridos. Unos 25,000 personas mueren todos los días simplemente porque están tan pobres que no pueden continuar viviendo. Millones están heridos por explotación, por esclavitud sexual, por labor inhumano en los talleres clandestinos, por su sexo, su política, su orientación. Viernes Santo continua y continúa en todo este planeta.

Y aunque, desde nuestra posición de privilegio evitamos mucho del sufrimiento de este mundo, tenemos nuestras heridas también—temores por nuestros hijos, trabajos, relaciones y matrimonios, nuestra salud y mundo—una culpabilidad inexpresables por lo que fue, lamentación por lo que nunca será.

Si la resurrección simplemente era Jesús poniendo todo el sufrimiento atrás, como un hombre saliendo del hospital recuperado de sus heridas, no tendría nada que decirnos ahora. Al que le tocamos las heridas sabe lo que la vida nos hace, sabe que nunca sanamos completamente de algunas cosas. Quizás Dios dejó a Jesús cicatrizado para que sepamos que no estamos solos.

Ahora, veamos, he sugerido que las heridas de Jesús revelan al Jesús resucitado como el quien se dice ser, nos recuerda que la paz viene a un precio alto, y que sólo un Cristo aun herido puede hablar al quebrantamiento de este mundo.

- Pero aquí hay otra. Esas heridas pueden enseñarnos como soportar nuestras propias heridas para el bien de otros.

Los discípulos están encerrados por el temor y la duda. No se atreven a salir afuera—ahí, ellos también pueden ser linchados. Pero el herido viene y dice, “Paz,” y luego los manda en camino. Y, como ya sabe, lo que temían pasaría. Serán lastimados y casi todos morirán como mártires. Pero se van con valentía y alegría porque han visto al Cristo—y aunque herido, está vivo. Este mundo le pudo herir, pero no pudo derrotarlo.

El escritor francés, Charles Peguy, una vez contó de un hombre que muere y en el cielo, conoce el ángel de los récords quien demanda, “muéstrame tus heridas.” “Heridas?” contesta el hombre, “No tengo ni una.” Y el ángel pregunta, “No había nada que valía la pena pelear por ello?”

En todo este mundo hay personas que a lo diario son rechazadas, abusadas, empujadas, heridas y hasta matadas. Y Jesús nos manda a que estemos con ellos y hablemos por ellos. Si no lo hacemos, y nos quedamos seguros en los cuartos de arriba, no sólo les hubiésemos fracasado a ellos, pero a Jesús también. Claro, si salemos fuera de nuestros lugares seguros, también arriesgamos ser heridos. Pero el herido está con nosotros—y por lo tanto, no tememos nada.

No, Jesús no regresó todo limpiecito. Nos dejó algo para que le reconociéramos—sus manos—y mientras apretamos nuestras heridas en las de Él, sabemos que nos entiende y nos ama como ningún otro. Si, sabemos lo que sus manos dicen de Él. Pero que dicen las nuestras de nosotros mismos?

Teóloga británica Leslie Weatherhead una vez contó de un misionero demasiado entusiasta que trabajaba en los barrios pobres de Londres. Había arrinconado a una jovencita.

“Va a la iglesia?” preguntó. “No, señora,” contestó la niña, mi mamá está enferma y trabajo todos los días limpiando casas para cuidar de ella y de mis hermanos y hermanas.”

“Y lees la Biblia?” le presionaba la misionera. “No, no puedo leer. Como le dije, trabajo todos los días, y no puedo ir a la escuela.”

“Pero seguramente oras.” “Trato,” le protestó la niña, “en serio. Pero estoy tan cansada, me duermo en cuanto cierro los ojos.”

“Ay, hija,” le regañaba el misionero, “qué harás cuando te pares frente a Dios en el día del juicio.”

“Pues,” la niña finalmente contestó, “pienso que tendré que mostrarle mis manos.”

Antes que Jesús dejó a los discípulos esa noche, les dijo, “*Son testigos a estas cosas.*” Ser un testigo no es simplemente repetir lo que hemos escuchado, pero es dar nuestras propias vidas como evidencia de la verdad.

No podemos forzar a alguien a creer que Jesús es Amigo y Señor. Pero, por el testimonio de lo que nuestras manos han hecho, decimos que Jesús es Señor. Cuando la gente de este mundo sufrido buscan al Cristo resucitado, nos miran a nosotros. Y no están viendo nuestros rostros hermosos o nuestros ojos sinceros, sino nuestras manos, viendo si hay heridas nacidas ahí.

Amen.